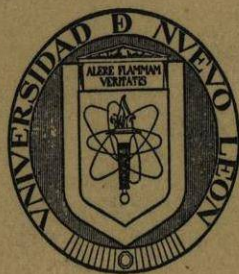


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Año II

Nº 2

1961

EL PESIMISMO MEXICANO A LA MITAD DEL SIGLO XIX

XAVIER TAVERA ALFARO
Universidad de Veracruz

APENAS SI MÉXICO HA SOBREPASADO los treinta primeros años de su vida independiente y ya el desaliento cunde por todas partes. Ha de afirmarse que México es una nación "que ha llegado de la infancia a la decrepitud sin haber disfrutado más que un vislumbre de la lozanía de la edad juvenil".¹ Aquel país que pudo haber sido grandioso, faro de ejemplo y virtudes en el Nuevo Mundo, llega a la segunda mitad del siglo XIX, a juicio de algunos contemporáneos, como el más oprobioso de los pueblos. Respaldado, como lo estaba, por un pasado de gloria y opulencia; por una tradición de optimismo que arranca desde los días de la conquista y se acrecienta con el orgulloso siglo XVIII² y los escritos del celebrado viajero Humboldt,³ habría de producir una amarga decepción el hecho de que apenas alcanzada la independencia el país cayera en un estado de anarquía casi completo, se viera envuelto en guerras externas y por último, a consecuencia de la emprendida con los Estados Unidos, perdiera más de la mitad de su territorio original. Terrible golpe debe haber sido para aquella sociedad envanecida el despertarse un día para asistir al Santo Sacrificio de la Misa y ver ondear en las astas de los edificios públicos de la "opulenta y grandiosa" ciudad de México la bandera de las barras y estrellas. Y más terrible aún si tomamos en cuenta el rancio engrimiento de los mejicanos, heredado del tradicional orgullo novohispano, que los había llevado a creerse otrora la "joya más preciada de la corona de España" y el pueblo elegido por Dios para grandes y maravillosas empresas, a

¹ ALAMÁN, LUCAS, *Historia de México*, México, Jus, 1942. 5 vols. V. 834.

² Vid. GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, LUIS, "El Optimismo Nacionalista Como un Factor de la Independencia de México" en *Estudios de Historiografía de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1949.

³ Vid. HUMBOLDT, ALEJANDRO DE, *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. México, Robredo, 1941, 4 vols.

grado tal de haber permitido, en su Infinita Grandeza, que su madre se apareciera en el Tepeyac y su imagen santa quedara grabada indeleblemente en la tilma del indio Juan Diego en diciembre de 1531.

México que "al separarse de la Madre Patria, se presentaba con grandes elementos para figurar en el mundo y llamar la atención de los pueblos civilizados" ⁴ era, al principiar la segunda mitad del siglo pasado, un país condenado a desaparecer como consecuencia de los graves errores cometidos por los mexicanos en esos primeros treinta años de vida independiente. Por eso se diría que entre "los cargos que nos hace el mundo y que nos hará también la historia, el más severo de todos es la facilidad que hemos tenido para ser grandes y felices, sin aquel esfuerzo extraordinario que necesitan los hombres cuando encuentran una naturaleza pobre y estéril, o una situación tal que presenta obstáculos insuperables". ⁵ En cambio, en tanto que México iba por un callejón sin salida, la nación vecina en el norte había florecido a tal grado, que en el "corto período que lleva de emancipada se halla al tanto del país más adelantado de Europa. Todo el país está cruzado de ferrocarriles y canales, la actividad comercial de las ciudades asombra, el movimiento industrial es grande, y los capitales en continua acción". ⁶

¿Qué es pues lo que ha ocurrido en México? ¿Por qué razón ha caído tan bajo el nombre y el prestigio de la nación? Las respuestas que se dan son múltiples, y todas ellas son, desde luego, la consecuencia de un diagnóstico que lleva a cabo el mexicano del medio siglo. También, debemos decirlo, el diagnóstico varía no sólo en relación con las ideas fundamentales que sustentan los autores, sino en relación con la preparación intelectual de los mismos. Podemos anticiparnos y afirmar que si revisamos las ideas que entonces se expusieron y los remedios sugeridos se podrán reunir en dos grandes grupos: uno que considera que todo está perdido; otro que entrevé aún luces de esperanza. Podrá, a simple vista, parecernos extraña esta discrepancia de opiniones hijas de una misma época, pero no debemos perder de vista que el mexicano de entonces —tal vez como el de hoy—, atravesaba por una grave crisis que ha de intentar resolver en el período conocido como la Reforma.

La crisis no era nueva, es decir no era reciente, la crisis está planteada en la historia mexicana desde la época de la lucha emprendida para obtener la emancipación política, y, a medida que transcurre el tiempo sin que se resuelva tendrá que ir tomando un cariz de verdadera gravedad. Es por ello que la vida en México durante los primeros cuarenta años de vida indepen-

⁴ CUEVAS, LUIS G., *Porvenir de México*, México, Jus, 1954. 11.

⁵ CUEVAS, LUIS, G., *op. cit.* 13.

⁶ *El Siglo XIX*, agosto 11, 1849.

diente —como toda vida en crisis— es dual en su raíz misma. Por un lado es persistencia del pasado colonial o, dicho con mayor rigor, supervivencia. Por otro es germinación oscura de vida nueva.

Un grupo de mexicanos, así como múltiples aspectos de la vida económica, social y política de México están profundamente enraizados en el pasado colonial; en tanto que otro grupo y algunas formas de vida se oponen a ese pasado.

A la mitad del siglo XIX los dos más típicos representantes de la primera actitud a la que nos acabamos de referir son: don Lucas Alamán y don Luis Gonzaga Cuevas. Uno y otro coinciden en cuanto que piensan, y así lo exponen, que después de treinta años de vida independiente el país está condenado a desaparecer, a menos que un verdadero milagro venga a salvar a México en las tinieblas en las que se halla. Empero el tono que uno y otro emplean para decir tal cosa es diferente. Más elegíaco y apasionado en don Lucas que en don Luis, en quien se observa un mejor estado de ánimo o un mayor equilibrio en sus juicios.

El tono de Alamán, desgarrador y doloroso, nos recuerda el de los profetas judíos de los días de cautiverio en Babilonia; y aunque doloroso es también el tono de Cuevas, no llega a los extremos de Alamán.

La imagen que Alamán nos da del medio siglo no puede ser más desesperante:

Méjico como nación ha perdido desde que se hizo independiente: más de la mitad de su territorio; una deuda extranjera de 52 millones; la nacional debiera estar muy disminuida con los muchos negocios en que se han dado créditos como dinero; las rentas reducidas a la mitad y el ejército a la nada...?

Pero este cuadro trazado así por don Lucas se amplía mucho más cuando nos dice:

Al ver en tan pocos años esta pérdida inmensa de territorio; esta ruina de la hacienda, dejando tras sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo, esta completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional: no hallando en Méjico mejicanos... parece que habrá razón para reconocer con

⁷ ALAMÁN, LUCAS, *op. cit.* V, 877.

el gran Bolívar que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América disfrutaba...

Pero don Lucas no se detiene en estas reflexiones sino que se plantea uno de los problemas característicos de aquella crisis. "Estos funestos resultados —dice— han dado motivo para discutir, si la independencia ha sido un bien o un mal y si debió o no promoverse..."⁸

Imaginémonos la impresión que en un lector común y corriente de aquellos días habrán producido estas líneas. Pensemos un poco en la desesperación, en la angustia que sufrieran algunos de aquellos lectores que fueron testigos de la entrada del Ejército trigarante a la ciudad de México, que temblaron de espanto en cada uno de los motines o asonadas ocurridos, que perdieron sus deudos o fortunas en alguna de las *revoluciones* pasadas y que un día oyeron la atronadora fusilería del ejército *yankee*. ¡Cuánto dolor! Por todo esto, en la República Mexicana se había pasado "de unas ideas excesivas de riqueza y poder a un abatimiento igualmente infundado".⁹ Y aquel pueblo del que se había dicho que su "clima, territorio, situación geográfica, supremacía entre todos los estados hispanoamericanos, y una comunicación por ambos mares, que podía ser activa y extenderse rápidamente, anunciaban su independencia como un acontecimiento de grandes consecuencias para el comercio, la industria y la política",¹⁰ a la mitad del siglo no le quedaba ya "nada que esperar".¹¹

Se seguía creyendo en la leyenda de la gran potencialidad económica de México, se seguía pensando en que México era un país de "prosperidad", no en balde pesaba una leyenda trisecular; México seguía siendo aun en Alamán y Cuevas, como en tantos otros contemporáneos suyos, el legendario *cuerno de la abundancia*, pero, en cambio, ya no se creía en el mexicano.

Aquellas virtudes que todavía en 1821 adornaban a la sociedad mexicana, que aun cuando "se resentía de todos los defectos de la educación que había recibido... hacía notar tan bien los rasgos de lo bueno y noble que habían impreso en ella el carácter y las virtudes de los españoles",¹² habían desaparecido para dejar en su lugar tan sólo vicios y gérmenes de disolución. Por eso, aunque México era sin duda un "país de prosperidad, porque sus elementos naturales" se la proporcionarían, no lo era "para las razas que ahora lo habitan", pues parecía destinado, decía Alamán,

⁸ ALAMÁN, LUCAS, *op. cit.* V, 834.

⁹ ALAMÁN, LUCAS, *op. cit.* 876.

¹⁰ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 11.

¹¹ ALAMÁN, LUCAS, *op. cit.* V, 876.

¹² CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* V, 14.

...a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios del Palenque y los demás que se adivinan en la península de Yucatán, quedó destruida sin que se sepa cuál fue ni cómo desapareció; así como los toltecas perecieron a manos de las tribus bárbaras venidas del Norte, no quedando de ellas más recuerdo que sus pirámides de Cholula y Teotihuacán; y así como por último, los antiguos mejicanos cayeron bajo el poder de los españoles, ganando infinito el país con este cambio de dominio, pero quedando abatidos sus antiguos dueños; así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquéllos merecieron, se podrá aplicar a la nación mejicana de nuestros días, lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana STAT MAGNI NOMINIS UMBRA...¹³

¡Qué tremenda condenación para los mexicanos! Y, llevando a sus extremos las conclusiones a las que invita Alamán a sus lectores, éstos no podrán, lógicamente, sino pensar que lo que encerraba este vaticinio, esta temible profecía era que el pueblo que gozaría de los bienes que la Providencia había puesto en el antiguo territorio de la Nueva España sería, tarde o temprano, pero inminentemente, la nación que mediante la anexión ya había empezado a usufructuarlos. Sólo un milagro podría evitar semejante catástrofe, por ello Alamán, invocando a Dios, ha de exclamar:

*¡Quiera el Todopoderoso, en cuya mano está la suerte de las naciones, y que por caminos ocultos a nuestros ojos las abate o las ensalza, según los designios de su Providencia, dispensar a la nuestra la protección con que tantas veces se ha dignado preservarla de los peligros a que ha estado expuesta!*¹⁴

Existe pues, todavía, una posibilidad de salvación para esta desdichada nación. Hay una hendidura, un resquicio por el que se filtra la luz que anuncia no ser todo tinieblas. Todavía, en última instancia, está el Todopoderoso que puede, "según los designios de su Providencia", dispensar a México una vez más, quizá la última, la protección necesaria para salir del caos. Pero no es sólo la Providencia quien debe intervenir, es también el hombre, el hombre de

¹³ ALAMÁN, LUCAS, *op. cit.* V, 878-879

¹⁴ *Ib.*

México, el que con su voluntad pueda dar el primer impulso que saque al país de la situación en la que se encuentra. Pues aunque los hombres "propondemos a disculparnos con sucesos que nos parecen conformes al orden establecido por la Providencia... no advertimos que el poder que hemos tenido para evitarlos, y la libertad de que gozamos para elegir siempre entre el bien y el mal, nos hacen responsables de aquello mismo que juzgamos sujeto a consecuencias desastrosas e infalibles".¹⁵ Por esto, aunque en el último momento tenemos que esperar los ocultos designios de la Providencia, el hombre, nosotros, podemos actuar y elegir, como ya lo ha dejado establecido la doctrina agustiniana, entre el bien y el mal. Así pues, si es la Providencia quien en definitiva decide, el hombre puede también elegir, escoger entre uno u otro de los dos grandes caminos que se ofrecen a los hijos de Eva en este "Valle de Lágrimas". De aquí se sigue que si en los primeros treinta años de vida independiente mexicana el mexicano ha caído en el error que ha conducido a su patria al caos, es él el responsable del caos y de las desgracias en las que se encuentra hundida la en otro tiempo más próspera y bella región de América.

Así vistas las cosas, todas esas desgracias que se ciernen sobre el pueblo que otrora fuera el más dichoso de la América, tienen su origen en los errores cometidos por los mexicanos después de haber obtenido su independencia. Las asonadas, motines, revueltas, golpes de mano, cuartelazos, etc., que han sumido al país en la anarquía, la miseria y el oprobio; la guerra con los Estados Unidos de Norteamérica y la concomitante pérdida de enormes riquezas, no son sino la consecuencia lógica del error en el que ha vivido México desde la consumación de su independencia; y, en el plano metafísico, el justo castigo que el Todopoderoso inflige a la nación mexicana por haberle vuelto la espalda, pues los mexicanos

*Hemos vivido treinta años haciendo una constante oposición a la verdad, no alimentando nuestras esperanzas sino con las ilusiones que siempre nos hace formar el delirio de los partidos, reduciendo las mejoras y progresos a vanas palabras y a teorías que no satisfacen ninguna de las necesidades públicas...*¹⁶

A todo esto se debía, afirmaba Cuevas, la inestabilidad de las administraciones públicas, que sólo había servido para presentar un espectáculo bochornoso de confusión, desconcierto y anarquía, con el que fue insostenible el "buen nombre de la nación", y con el cual el país no pudo llegar a consti-

¹⁵ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 13.

¹⁶ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 7.

tuirse "convenientemente". Y así, con todos estos extravíos políticos vinieron los sociales, pues

*...una vez desconcertados los gobiernos y paralizados los resortes de la ley y del orden, la sociedad debía conmoverse, y la masa proletaria buscar en la propiedad, en las clases productivas y en los rangos más o menos elevados, todos los goces que ha podido vislumbrar en las ofertas con que se ha estado adulando a lo que se llama pueblo, sin definirlo y sin conocerlo.*¹⁷

Pero no sólo estos hechos provocan el desquiciamiento social, sino que "para acabar de extinguir todo buen sentimiento", y apoyando el desorden político y social se echó mano de la indiferencia en materias religiosas con lo que se privó al pueblo de la benéfica influencia consoladora que siempre "ha tenido la religión" al conservar "lo que es digno de veneración", haciendo, desde luego, que sean "más augustas las funciones de la autoridad civil". De tal manera que al dejar de derramarse por todas partes la palabra de Dios, cesaron de germinar las "semillas de la virtud", desapareciendo con ellas los "bienes inmensos de la caridad evangélica".¹⁸

Todas estas desgracias fueron un signo inequívoco, una "señal segura" del "aumento de riqueza y prosperidad territorial de los Estados Unidos", como quedó comprobado con la guerra invasora.

Todas estas desgracias no podrán tener remedio en México, nos dirá don Luis, establézcase el gobierno que se establezca, ya que la "inquietud, la discordia y la desconfianza" son funestas y causan la ruina de cualquier gobierno, pues mientras subsista la falta de equilibrio "entre la libertad y el orden, vanas serán todas las reformas y todos los cambios que pudieran emprenderse, y no podrán remediarse ni con grandes ingenios, ni con grandes proyectos, ni con grandes ejércitos, sino con una moral sana que zanje los cimientos de la gloria de un pueblo sobrio y virtuoso". Todo lo demás, diría Cuevas, no es sino "buscar la felicidad en aquello que la contradice".¹⁹

Y Cuevas, como Alamán, está seguro del inevitable fin del país si éste persiste en sus mismos errores, si los mexicanos, empeñados en oponerse sistemáticamente a la verdad, continúan con la espalda vuelta a su tradición. Cada día, cada minuto que transcurre se abrevia la vida de México como nación, como país independiente. Lo que presencian don Lucas y don Luis es la agonía de una luz que se apaga para no encenderse más.

¹⁷ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 5.

¹⁸ *Ib.*

¹⁹ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 7.

En ese paralelismo que ofrecen los pensamientos de Alamán y Cuevas, advertimos una nota de gran similitud; la desesperanza, el pesimismo del medio siglo. Uno y otro han de preguntarse llenos de zozobra e inquietud, si el mexicano es o no capaz de autogobernarse, si, como se preguntaba Alamán, no hubiera resultado mejor permanecer atados a la corona de España. Estos dos hombres estaban seguros, como Bolívar lo estuvo en su momento, de que toda la empresa de la independencia era como haber arado en el mar.

Este pueblo ha perdido la luz, está condenado a perder su nacionalidad e independencia, desaparecerá de la superficie de la tierra, como desaparecieron los antiguos pobladores, sin dejar más huella que la de la ignominia y la indignidad. Sólo hay una esperanza, que el Todopoderoso, en su infinita Misericordia, se apiade de esta desdichada nación; que el mexicano recapite sobre sus errores y vuelva sus ojos hacia atrás. Pero el mexicano no parece entender. ¿Qué hacer entonces?

Alamán y Cuevas dejan planteada la pregunta: "¿qué será de mi patria? ¿Cuál será mi suerte y la de mis hijos?"²⁰ No son ellos, desde luego, los que darán la clave para resolver el tremebundo problema. Ellos tan sólo hacen el diagnóstico y los posibles pronósticos, y aunque, podemos decirlo, insinúan la terapéutica, no se atreven a formularla abierta y francamente.

Si el mexicano es incapaz de autogobernarse, como con hartura lo han probado esos treinta años, y si resulta inminente la pérdida de la nacionalidad e independencia ¿cuál es el remedio? Y el remedio, dentro de esta corriente de pesimismo nacional, lo ofrecen el padre Miranda, Almonte, Hidalgo y todos los intervencionistas mexicanos: un gobernante extranjero, mas no el sometimiento al extranjero.

Entre estos pesimistas mexicanos del medio siglo y los inventores del segundo Imperio Mexicano no hay más que un paso y breve. Estos pesimistas representan muy señaladamente una de las dos corrientes en contradicción, en perpetuo choque y pugna que le dan a la primera mitad del siglo XIX mexicano, ese aspecto de crisis permanente. El pesimismo de estos hombres no es sino el fiel reflejo del anhelo de persistir en el pasado colonial en vías de liquidarse.

²⁰ CUEVAS, LUIS G., *op. cit.* 6.

DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

Dr. Alberto García Gómez
Universidad de Nuevo León

Sección Cuarta

CIENCIAS SOCIALES

El título de este trabajo no es nuevo, como fácilmente se comprueba al leer otras obras que lo llevan, solo que el tema, infortunadamente, permanece más que a un autor determinado, al hombre de todos los tiempos. El problema de la guerra y de la paz, considerado bajo su necesaria dualidad, es el primero de los casos, nos recuerda que nada de los orgáneos mismos del hombre, ya que la violencia y la fuerza han determinado la solución de la mayoría de todos sus conflictos, como así lo dicen las páginas de su propia historia. De su lectura es posible observar, también, la siempre creciente evolución y perfeccionamiento de los medios empleados por el hombre para producir guerra y destrucción, así que van desde las más primitivas hasta las de nuestros días, en que la imaginación no concibe del todo su verdadero poder de superación. En realidad, el problema de la guerra y de la paz debe considerarse a la primera, ya que, si consideramos la paz como "el orden de la vida", o bien, en la definición agostiniana "Pax est Ordinis conservatio", la paz es la consecuencia de un orden, y por el orden, ya que el orden genera la paz, esta, por el mismo, basta la vida profana. Si lo que se cambia es el orden, y más aún, si se conserva por lo que será persistente, interesa al problema específico de la guerra.

Dr. Alberto García Gómez
Instituto de Estudios Políticos y Sociales
Universidad de Nuevo León